

## SEGUIR SU ESTRELLA

“¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?  
Pues vimos su estrella en Oriente, y hemos venido  
a adorarlo”  
(Mt 2,2)

(Parte Quinta de una serie)  
Prot. N. 00019/06



6 ENERO 2006

Queridos hermanos y queridas hermanas,

### Vivir en la periferia

1.1 Al describir su vocación profética, Isaías no habla de aquellos a los que se opone, sino de aquellos a los que él acoge: “El espíritu del Señor está sobre mi... por cuanto que me ha consagrado con la unción... Me ha enviado a anunciar la buena noticia a los pobres, a vendar las llagas de los corazones destrozados, a pregonar a los cautivos la liberación y a los encarcelados la libertad” (Is 61,1).



Carta circular nº 25

El profeta se inclina con compasión hacia los que son abandonados por los que mandan: “Por su doble vergüenza y afrenta celebrarán la parte que les toca; en su propia tierra heredarán el doble y vivirán alegres para siempre” (Is 61,7). Se acerca con esperanza a aquellos que los sacerdotes no tocan: “Os llamarán ‘sacerdotes de Yahvé’, os dirán ‘ministros de nuestro Dios’” (Is 61,6).

En el cap. 4 de Lucas (v. Lc 4,17 y ss) Jesús se sirve de este texto de Isaías para describir su propia vocación profética. Inmediatamente después de su bautismo por parte de Juan en el río Jordán, Jesús va al desierto, donde de manera fuerte y clara rechaza un apostolado basado en el poder que domina a los demás. Inicia su ministerio

público en Galilea, una región abandonada por los jefes políticos, y entre gente despreciada por la élite religiosa de Jerusalén en cuanto que está comprometida por el paganismo. Entre sus colaboradores mas cercanos estaban los pescadores, un publicano, y un zelotas. La misión de Jesús iba dirigida a aquellos que se encontraban en la periferia de la sociedad en su expresión tanto social como religiosa:

- “¿Cómo es que coméis y bebéis con los publicanos y pecadores?” (Lc 5,30);
- “Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora” (Lc 7,39); y
- “Cuando des un banquete, llama a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos” (Lc 14,13).

Jesús acoge a los que están fuera de las instituciones religiosas y políticas de su tiempo.

1.2 La gente en la periferia – esto es en los márgenes de la sociedad – ha tenido un papel significativo en el Séptimo Consejo Plenario. Con frecuencia este Consejo nos invita a identificarnos con los que están en los márgenes de nuestra sociedad civil (v. proposiciones 6, 25, 30, 46, 48 y 49). Así el Séptimo Consejo Plenario recoge la llamada a identificarnos con los pobres del Quinto y Sexto Consejo Plenario. De la misma importancia son los que están en la periferia de la Iglesia, aquellos a los que la Iglesia no consigue llegar de manera adecuada. Estas son las personas a las que el reciente Sínodo de los Obispos ha señalado con particular fuerza. El Instrumentum Laboris del Sínodo (La Eucaristía: fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia) cita las siguientes estadísticas, que subrayan la necesidad de descubrir nuestra vocación profética de ir hacia aquellos que están en la periferia y en los márgenes de la Iglesia:

- Los católicos representan el 16,89% de la po-



blación de África y sólo el 2,93% de la población de Asia. La gran mayoría de los africanos y la inmensa mayoría de la gente de Asia no conoce aún el mensaje evangélico de salvación. El porcentaje de los católicos en América continúa siendo muy alto con el 62,46%, pero la vida de la Iglesia se encuentra en gran dificultad por causa de las laceraciones de la injusticia social y de las sectas religiosas, que explotan la pobreza de la gente.<sup>1</sup>

- Las más ricas sociedades de América del Norte, de Europa occidental y de Australia tienen una porcentual en continuo crecimiento de personas que no tienen punto de referencia con alguna iglesia y con una frecuencia a la Misa festiva reducida en algunas iglesias locales hasta el 5%.

En otras significativas situaciones de la vida de nuestro mundo la Iglesia tiene un influjo mínimo. Consideremos, por ejemplo, las observaciones siguientes:

- “La idea de la globalización da la ilusión de una raza humana unida... [pero] la globalización y el progreso tecnológico no han llevado a la paz y a una mayor justicia...;
- Acciones de violencia, de terrorismo y de guerra...continúan en diversas partes del mundo;
- Muchos hermanos y hermanas... son víctimas... del Sida, que devasta sectores enteros de la población, especialmente en las regiones más pobres; y
- En los años 1999-2001 han existido en el mundo 842 millones de personas desnutridas, 789 de las cuales en las naciones en vía de desarrollo, especialmente en el África sub-sahariana, en Asia y en el Pacífico”.<sup>2</sup>

Estos son datos y porcentajes que es difícil “percibir” a través de una página escrita, pero ellos nos transmiten un cuadro que ni la Iglesia ni nuestra Orden pueden ignorar. Detengámonos un momento y actuemos de modo que estas realidades tomen forma en nuestra imaginación. Reflexionemos con atención sobre estas realidades. Y ciertamente cambiaremos.

1.3 En los primeros años del 1800 la Orden – y la vida consagrada en general – salía de un pe-

1 V. Sínodo de los Obispos: La Eucaristía, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia. Instrumentum Laboris, n. 4.

2 Ibid., n. 5.

riodo de crisis y de decadencia, provocado por el Iluminismo y por la supresión de la vida religiosa en muchas partes de Europa. La renovación estuvo caracterizada por un nuevo impulso y celo misionero, que no se limitó a unos pocos misioneros, sino que se convirtió en interés central y movilizó a toda la Iglesia. Esta nueva energía animó a la Iglesia durante más de cien años hasta mitad del siglo XX. Este celo misionero se centró en extender las estructuras de la Iglesia en el mundo. Entre los Institutos de vida consagrada, fueron las Congregaciones de vida apostólica las que caracterizaron el nuevo periodo. Para participar de manera plena en este esfuerzo misionero de la Iglesia, la Orden capuchina asumió muchas características de las Congregaciones de vida apostólica. Por primera vez comenzamos a asumir compromisos institucionales en la Iglesia. La Orden aceptó su primera parroquia en los EE.UU. durante la primera mitad del siglo XIX. Al final del siglo se comenzaba a tomar la responsabilidad de enteras Prefecturas y Vicariatos por medio del ius commissionis. Los resultados fueron verdaderamente espectaculares. La Orden fundó decenas de iglesias locales en todo el mundo. El impulso misionero suscitó también nuevas vitalidades en la Orden, que creció de poco más de 4.000 miembros a principios del 1800 a casi 15.000 ciento cincuenta años después.

1.4 El celo misionero de los últimos ciento cincuenta años creó un papel institucional para nuestra Orden en la Iglesia. La nueva evangelización, sin embargo, tiene como punto de mira a los que viven en la periferia de la Iglesia, aquellos a los que la institución efectivamente no llega. La nueva evangelización nos empuja a dar renovada importancia a los aspectos carismáticos y proféticos de la vida franciscana. El VII CPO enuncia principios que definen nuestra minoridad en la Iglesia, de manera que podamos “realizar progresivamente (esto es en pequeños pasos) un cambio “significativo” hacia la periferia... donde deseamos plantar nuestras tiendas entre los menores de hoy como hicieron en su tiempo Jesús, san Francisco y los primeros Capuchinos” (VII CPO, 3).

“Pequeños pasos... hacia la periferia”  
(VII CPO, 3)

2.1 El Consejo Plenario nos invita a un examen y a una reducción de nuestros compromisos institucionales en la Iglesia. “Nuestra Orden no busca para sus miembros el episcopado u otros



cargos eclesiásticos elevados” (VII CPO, 41). Desde el tiempo de san Buenaventura en adelante los Papas han llamado a nuestros hermanos a servir a la Iglesia como obispos. Estos hermanos han respondido a la llamada del Santo Padre con espíritu de obediencia a la Iglesia. Sin embargo la Orden no busca tales cargos. Esto no es falta de respeto hacia el cargo de obispo, sino sobre todo una indicación de que nuestra misión en la Iglesia está en otra parte. En el periodo inmediatamente precedente al Vaticano II la Orden asumió responsabilidades de Prefecturas y Vicariatos. Esto comprometió a la Orden directamente en el carisma episcopal de la Iglesia. Hoy las necesidades de la Iglesia nos llaman a asumir tales compromisos. Del mismo modo, el Consejo Plenario nos recomienda que “sería bueno asumir, sólo por un tiempo limitado, responsabilidades, como parroquias, servicios diocesanos y otros compromisos que inducen a la estabilidad” (VII CPO, 39). Y la misma proposición expresa la preferencia de que “se asuma el servicio de la acción evangelizadora y pastoral como colaboración con la Iglesia diocesana, evitando siempre el sentido de poder y de apropiación”. La Orden trata de reducir sus compromisos institucionales para poder expresar más libremente su papel carismático para la Iglesia y en la Iglesia. La Orden busca esta transformación no porque se oponga a tales compromisos, sino para poder mejor satisfacer las necesidades de la Iglesia. Por esto, aún aconsejando una disminución de los compromisos parroquiales o de otro tipo en las diócesis, la proposición añade una indicación equilibrante: “teniendo en cuenta las circunstancias”. Nuestro fin es el de edificar la Iglesia, no destruirla.

2.2 Otras dos proposiciones tratan de encaminarnos nuevamente hacia los que están en la periferia de la Iglesia. La proposición 38 nos exhorta a mantenernos “sinceramente disponibles para servir a la Iglesia local y universal, actuando de acuerdo con los pastores”. A pesar de todo, la misma proposición busca enderezar el celo apostólico de los hermanos animándolos a asumir “los encargos pastorales de frontera, los ministerios menos apetecidos en la Iglesia y en las periferias donde mejor podemos manifestar la compasión y la proximidad: bien sean parroquias periféricas, capellanías de hospitales, asistencia a los enfermos y al mundo de los marginados entre las viejas y las nuevas pobrezas”. La proposición 37 añade dos importantes indicaciones. Ante todo subraya la necesidad de alargar nuestra visión de la

evangelización: “Las circunscripciones a la hora de elegir actividades y servicios deben incluir también aquellos ministerios que no exigen la ordenación sacerdotal”. Los que están en la periferia de la Iglesia [v. parágrafo 1. 2, más arriba] no responden a las estructuras institucionales de la Iglesia. Con frecuencia son impermeables al ministerio sacramental de la Iglesia. En consecuencia la Orden debe buscar no sólo el dar espacio al particular carisma de nuestros hermanos laicos, sino también el dar una mayor expresión a los ministerios no sacramentales de nuestros hermanos sacerdotes. Además la proposición afirma que “la misión de nuestra Orden debe manifestar el carácter fraterno de nuestro carisma”. La fraternidad – que es Evangelio viviente – es dimensión esencial de nuestro ir hacia los que están en la periferia. La Orden debe formar fraternidades evangélicas entre los que están en los márgenes, en las periferias.

2.3 Fundándose en el Testamento de Siena, el Consejo Plenario afirma: “Reconocemos como expresión esencial de la nuestra minoridad la obediencia cordial y corresponsable en la Iglesia y a sus ministros” (VII CPO, 38). Esto es importante en todas las áreas de la Iglesia, pero tiene una importancia particular en las Iglesias más antiguas, donde las estructuras diocesanas se han vuelto pesadas debido a la edad y a la escasez del clero, a compromisos más adaptados a otro periodo histórico y donde es frecuente el cinismo causado por los escándalos. Cuando hablamos de pecados, de las divisiones y de las debilidades de los demás, nos sentimos siempre llenos de buena intuición y correctos en los juicios, porque podemos siempre ver mejor los pecados de los demás antes que los nuestros propios. Sin embargo es sólo cuando comenzamos a concentrar nuestra atención sobre lo que nos une cuando encontramos a Cristo, corazón de nuestra comunión. Nosotros deberíamos aplicar este principio a nuestras iglesias locales. Busquemos lo que es bueno, y lo encontraremos. En la Iglesia local descubriremos aspectos en los que poder colaborar. Nuestro compromiso de ir hacia la periferia no está en oposición con la iglesia local, sino sobre todo constituye un esfuerzo de servir a esta iglesia con mayor fidelidad.

2.4 Incluso si la proposición 4 habla principalmente de aquellos lugares donde nosotros vamos a implantar la Orden y a ayudar a formar la Iglesia local, esta da sugerencias muy concretas



que se aplican igualmente allí donde buscamos re-construir la Orden y re-evangelizar la Iglesia local:

- evitar todo signo de poder y de status social en nuestro modo de vivir, evangelizar y ayudar;
- trabajar preferiblemente con métodos y medios del lugar;
- promover los diferentes proyectos a título de la comunidad capuchina y no a título personal;
- utilizar los criterios de la economía fraterna ya indicados por el VI CPO con los donativos recibidos para las misiones.
- favorecer aquellas iglesias locales que no se esperan de nosotros una gran estructura pastoral o social, sino sobre todo el testimonio franciscano (VII CPO, 40).

### Acampar con nuestras tiendas entre los menores de hoy

3.1 La misión profética de Jesús no miraba tanto a lo que Él dejaba sino más bien al que él quería acoger. El Consejo Plenario nos empuja y nos reta a buscar y a acoger en nuestro compromiso pastoral a aquellos a quienes la Iglesia institucional no puede llegar [v. parágrafo 1. 2, más arriba]. Este enuncia principios coherentes con nuestra tradición franciscana capuchina, que nos pueden ayudar a re-pensar nuestros compromisos en la Iglesia y en la sociedad. ¡Sin embargo el Consejo Plenario es muy débil a la hora de hacer especificaciones! ¿Cómo podemos actuar para alcanzar a los que están en la periferia de nuestro mundo? Podemos comenzar a individualizar los “pequeños pasos” que nos llevarán a realizar “progresivamente... un desplazamiento “significativo” hacia la periferia... donde queremos plantar nuestras tiendas entre los menores de hoy como lo hicieron en su tiempo Jesús, san Francisco y los primeros Capuchinos” (VII CPO, 3)?

3.2 Durante una reciente reunión de la CCMSI (Conferencia Capuchina de los Superiores Mayores de la India), los Ministros provinciales han discutido una estrategia pastoral para esta importante Conferencia de nuestra Orden. Cada Provincia ha aceptado tomar un triple compromiso misionero. Uno de tales compromisos tendrá lugar en una región de la India, donde la Orden aún no existe y donde la presencia de la Iglesia es débil. De estas regiones existen muchas, especialmente en el nordeste. Son regiones que son evangelizadas por primera vez. Luego cada Pro-

vincia tomará un compromiso en otra nación de Asia o de África. Finalmente, cada Provincia tomará un compromiso para ayudar a las antiguas Provincias de Europa y de América, que están en dificultad por razones de edad y la disminución de las vocaciones. Si estas Provincias, y en particular los hermanos jóvenes de estas Provincias, asumen tales compromisos con coraje y entusiasmo, ello representará un considerable desplazamiento hacia la periferia.

3.3 La Viceprovincia de Sudáfrica ha elaborado un nuevo proyecto pastoral que tiene por nombre “La Iniciativa Damietta” (“The Damietta Initiative”). Inspirados en el encuentro de san Francisco con el Sultán, los hermanos de Sudáfrica quieren construir “células de diálogo” de cristianos y musulmanes con el fin de crear mayor paz y comprensión en África. El diálogo que ellos buscan no es teológico, sino espiritual y existencial. Tratan de unir cristianos y musulmanes que viven en la misma zona con relaciones de amistad y de recíproca estima. La Conferencia de la Familia franciscana – que reúne a los Ministros generales de la Primera Orden, de la Tercera Orden Regular, de la Orden Franciscana Secular y el Presidente del CIF-TOR – han aceptado ser ‘sponsor’ y apoyar esta nueva iniciativa. Los hermanos de Sudáfrica tienen un plan ambicioso, esto es el de crear una célula de diálogo entre cristianos y musulmanes cerca de cada fraternidad franciscana en África. Si consideran la violencia que recientemente ha explotado en la periferia de las ciudades francesas y conociendo la igualdad potencial de una tal violencia presente en otras grandes ciudades de Europa y de América, comprendemos mucho más fácilmente que la “Iniciativa Damietta” podría tener importancia incluso fuera de África. La “Iniciativa Damietta” es una expresión creativa y concreta del VII CPO: “Deseamos vivir entre los pobres sin distinción de religión; dialogar con las culturas, religiones y confesiones, inculturar el Evangelio” (VII CPO, 47).

3.4 “Nuestra predicación del Reino está constituida no sólo por la proclamación oral de la Palabra, sino también por el compromiso con la sociedad para su transformación” (VII CPO, 48). En el próximo mes de marzo cincuenta y cinco delegados de todas las regiones de nuestra Orden se reunirán en Puerto Alegre, en Brasil, será la tercera de una serie de iniciativas tomadas por la Comisión de Justicia, Paz y Ecología. En toda la Orden, pero especialmente en América Latina,



la identificación con los pobres ha inspirado a generaciones de capuchinos. El VII CPO ofrece principios que pueden renovar este movimiento en la Orden: “Nuestras obras de desarrollo y de transformación social deberían constituir también en la sociedad una realidad de economía fraterna” (Prop. 51). Este es precisamente la finalidad del Congreso de Puerto Alegre: “Es muy importante que las ayudas directas a los pobres tengan la finalidad de hacer que se encuentren las personas necesitadas con las personas que tienen recursos en una ‘economía fraterna’” (Prop. 51). ¡La solidaridad que creamos es más importante que el dinero que damos! ¿Puede esta convicción convertirse en principio transformador para nuestros compromisos estructurados entre los pobres y para nuestros esfuerzos de ayudar con ocasión de calamidades como aquellas que le han seguido al tsunami del año 2004?

3.5 “Como hermanos menores, siendo pobres y habiendo escogido a los pobres, debemos comprometernos más activamente en el desarrollo social y espiritual de los pobres y de los marginados” (VII CPO, 48). Nuestra Orden no tiene recursos para eliminar el hambre en el mundo o para asistir a los millones de personas afectados por el virus del sida. Sin embargo, lo mismo que la “Iniciativa Damietta” trata de crear un grupo de diálogo cristiano-musulmán cercano a cada fraternidad franciscana en África, ¿no podría cada Provincia de nuestra Orden buscar el modo de tener una fraternidad, en la que los hermanos sirvan, con sus propias manos, a aquellos que tienen hambre o que sufren el sida? Esto haría “significativa nuestra solidaridad con los ‘menores’ de la sociedad, cuya miseria degrada su humanidad hasta el punto de comprometer el sentido moral” (VII CPO, 48).

3.6 Un gesto individual no podrá poner en forma a nuestra Orden de llevar la fuerza transformadora del Evangelio a la periferia de la sociedad. El Consejo Plenario sabiamente habla de “pequeños pasos”. Si más de 11.000 hermanos, presentes en 103 naciones, comienzan, cada uno, a reflexionar y a proyectar tales “pequeños pasos”, todos juntos pueden realizar un “traslado significativo” hacia la periferia.

“Cristo, el jefe, que se inclina...”  
(cfr VII CPO, 35)

4.1 El VII Consejo Plenario de la Orden identi-

ca la construcción del Reino con la construcción de la fraternidad: “La pobreza, la minoridad y la itinerancia... son medios que tienden hacia nuestro fin, es decir la edificación del Reino de Dios, o, dicho en lenguaje franciscano, la construcción de una fraternidad donde quiera que estemos, y siempre” (VII CPO, 4). En la fraternidad nuestra identidad y nuestra misión se convierten en una única cosa. Quizás esto explica la particular concepción del sacerdocio de nuestra Orden expresada por el Consejo Plenario.

4.2 “El franciscano sacerdote vive el propio ministerio, honrando la primacía de la pertenencia a la fraternidad” (VII CPO, 36). Esta declaración toma nuevo significado si nosotros la leemos contextualizándola con Hb 5,1: “Todo sumo sacerdote, escogido de entre los hombres, está constituido a favor de los hombres en lo que se refiere a Dios para ofrecer dones y sacrificios por los pecados”. El autor de la Carta a los Hebreos no habla directamente del sacerdocio ministerial, sino sobre todo del sacerdocio de Jesucristo y del sacerdocio de la Iglesia. La Iglesia aplica este pasaje al sacerdocio ministerial. Esto es importante, porque todos los sacerdotes participan del único sacerdocio de Cristo Jesús, pero es un sacerdocio que ellos reciben a través de su Cuerpo, la Iglesia. La Iglesia universal no existe en abstracto. Ella existe como comunión de comuniones. En consecuencia el sacerdocio viene recibido por nosotros a través de la iglesia local por medio de la cual se recibe este sacerdocio. Cuando hacemos la profesión. El Ministro Provincial que recibe nuestros votos dice estas palabras: “En nombre de la Iglesia y de nuestra fraternidad, yo acepto tus votos”. Reconociendo nuestra profesión en la Orden capuchina, la Iglesia da especificidad a nuestro vivir el misterio de la Iglesia. Ordenando sacerdotes en la Orden capuchina, la Iglesia pone su sello a una expresión franciscano-capuchina del sacerdocio de Jesucristo.

4.3 La vida fraterna evangélica es nuestro modo de encarnar la Iglesia. Los franciscanos crean Iglesia metiendo a las personas en la experiencia de la fraternidad. Ser hermano es la característica principal del franciscano. Los capuchinos deben manifestar al mundo el rostro fraterno del sacerdocio, porque nosotros estamos llamados a ser “hermanos del pueblo”.

4.4 “El franciscano sacerdote vive su propio ministerio, honrando el primado de la pertenencia a



la fraternidad". Existe otra dimensión de este principio. La vida fraterna evangélica es mi expresión de ser iglesia. Si el hermano sacerdote no está injertado en la comunidad eclesial que es la fraternidad local, ¿puede ser un ministro adecuado para su pueblo? Es algo que ilustra el cap. 18 de los Hechos de los Apóstoles, donde encontramos la misteriosa figura de Apolo. Apolo ha llegado a la fe en Jesús leyendo la Escritura. Es un hombre de cultura, muy versado en la filosofía griega. Es elocuente, un predicador mejor dotado que Pablo. En el cap. 18 de los Hechos, él predica en Éfeso y produce una gran sensación. Pero el texto nos dice que dos sencillos cristianos, Priscila y Áquila, lo escuchan, luego lo toman consigo y le explicaron "con más exactitud" el Camino (Hch 18, 26). No fue el culto Apolo el que instruyó a Priscila y Áquila, más bien fueron ellos los que lo instruyeron a él. No era suficiente ser un gran conocedor de la teología y filosofía. Apolo tenía que tener un contacto vivo con la Iglesia. ¿No existen entre nosotros, también, muchos "Apolos", hermanos muy versados en teología, filosofía, ciencia, con una gran elocuencia? ¿Pueden ellos comunicar la fe, si no están en contacto vital con la viva experiencia de la Iglesia en sus fraternidades locales?

4.5 El lavatorio de los pies del cap. 13 del Evangelio de Juan es la imagen favorita, citada por Francisco cuando describe como los hermanos deben servirse el uno al otro. Este fue el pasaje escriturístico que él pidió que le leyera cuando yacía desnudo sobre la Madre Tierra y se preparaba para encontrarse con la Hermana Muerte. Los primeros doce capítulos del Evangelio de Juan ponen de relieve dos imágenes importantes: la vida y la luz. Desde el cap. 13 en adelante es el amor el que domina. Dos símbolos dan vida al amor: la cruz y el lavatorio de los pies. Los comentarios nos dicen que tales símbolos realmente son sólo uno. Con el lavatorio de los pies Juan indica a la Iglesia como ofrecer al mundo la fuerza salvadora de la cruz. La cruz es la fuerza que salva. Lavando los pies, la Iglesia introduce esta fuerza salvadora en el mundo. El significado se vuelve más claro cuando Pedro dice a Jesús: "¡No me lavarás los pies a mí!", a lo que Jesús responde: "¡Si no te lavo, no tendrás parte conmigo!" (Jn 13, 8). Si la Iglesia no lava los pies del mundo, el mundo jamás comprenderá la cruz de Jesucristo. La cruz se comprende sirviendo. Si esto es verdad para la Iglesia en general, cuánto más lo debe ser para la Orden franciscana. Nosotros hemos sido llamados a ser el rostro humilde de la Iglesia;

y los hermanos sacerdotes, de manera particular, tienen un papel especial en revelar este aspecto.

La prop. 35 afirma que "el presbítero actúa en la asamblea litúrgica en nombre de Cristo cabeza". Y nos recuerda que el Evangelio de Juan (13, 13) presenta a Jesús como cabeza, "el Señor y el Maestro", que se inclina a lavar los pies a los demás. Como Jesús mismo dice en el Evangelio de Juan, él no es mayormente cabeza de la Iglesia sino cuando lava los pies. En el Evangelio de Juan las imágenes son muy importantes. Jesús se levanta de la mesa y se quita el manto. Este acto significa despojarse de todos los signos de privilegio y del poder que domina. Del mismo modo nosotros debemos despojarnos de todos los signos de privilegio y de dominio clerical para presentar al mundo el rostro del servicio sacerdotal. Esta precisamente fue la opción de los primeros sacerdotes compañeros de Francisco. Ellos renunciaron libremente a todo ejercicio del ministerio sacerdotal que no era compatible con su vocación de ser menores. ¿Por qué? Porque ellos eran el rostro del sacerdote que sirve. Ellos se consideraban como sacerdotes que tenían una especial vocación de lavar los pies a los leprosos.

Sacerdotes-hermanos y sacerdotes-servidores: estas dos dimensiones esenciales del ministerio sacerdotal franciscano han sido el centro de las consideraciones de nuestro hermano y obispo, Sean O'Malley, cuando tomó posesión como arzobispo de Boston. En aquella ocasión dijo: "Ser hermano franciscano es todavía la mayor alegría de mi vida... Como vuestro arzobispo, soy vuestro pastor; como religioso, soy vuestro hermano; y he venido para servirlos, para lavar vuestros pies como dice Jesús, y para repetir el gran mandamiento: "Amaos los unos a los otros como Cristo os ama".

## Conclusión

5.1 "¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en Oriente, y hemos venido a adorarlo" (Mt 2,2). Los Magos fueron movidos por la convicción de que Dios estaba creando una nueva especie de presencia en nuestro mundo como una fuerza que salva. Y se encaminaron para descubrir esta nueva revelación. En una de sus homilías en la Jornada Mundial de la Juventud en Colonia, el Papa Benedicto XVI subrayó como el viaje de los Magos fue también un viaje hacia un nuevo conocimiento del poder de Dios. Este poder lo describe San Pablo:



“Pues conocéis la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, por vosotros se hizo pobre a fin de enriqueceros con su pobreza” (2 Cor 8, 9). Primero los Magos dirigieron sus pasos hacia el centro del poder hebraico civil y religioso en Jerusalén. Pero su búsqueda terminó en la periferia con el descubrimiento del nuevo poder que salva en el Divino Niño que yacía en el pesebre en Belén. El VII CPO nos recuerda que Francisco tuvo la misma experiencia:

“El encuentro con este hombre [es decir, el leproso], abandonado y excluido de la sociedad y del sistema de su tiempo, hizo sí que ‘saliese’ del siglo y cambiase su condición social y su residencia, emigrando del centro a la periferia de Rivortorto y de Santa Maria de los Ángeles” (VII CPO, 3).

Como para los Magos antes de él, el viaje de Francisco desde el centro a la periferia fue un camino en el que descubrió a Cristo: “Francisco encontró el fundamento de la minoridad en el Dios-hombre, en el Cristo crucificado de San Damián, pasando, sin embargo, a través del leproso” (VII CPO, 3). Y en este proceso en la vida de Francisco se introdujo la fuerza de Dios presente en

Jesucristo. El peregrinaje moderno de la Orden hacia los que están en la periferia debe inspirarse en la fe de los Magos. Debemos tener la convicción de que Dios está irrumpiendo en nuestro mundo con una nueva fuerza, la fuerza que salva. Como los Magos, debemos “seguir su estrella”, buscando su presencia entre aquellos a los que no llega la Iglesia. Como para Francisco antes de nosotros, pueda esta búsqueda transformar nuestra vida con la inhabitación en nosotros del Espíritu de Jesús, de modo que nuestra Orden, a su vez, transforme nuestro mundo mediante la fuerza de su benignidad llena de amor.

Fraternamente,

fr. John Corriveau  
Ministro general OFMCap

Fiesta de la Epifanía de nuestro Señor  
6 de enero del 2006



